

Juan Kruz Igerabide

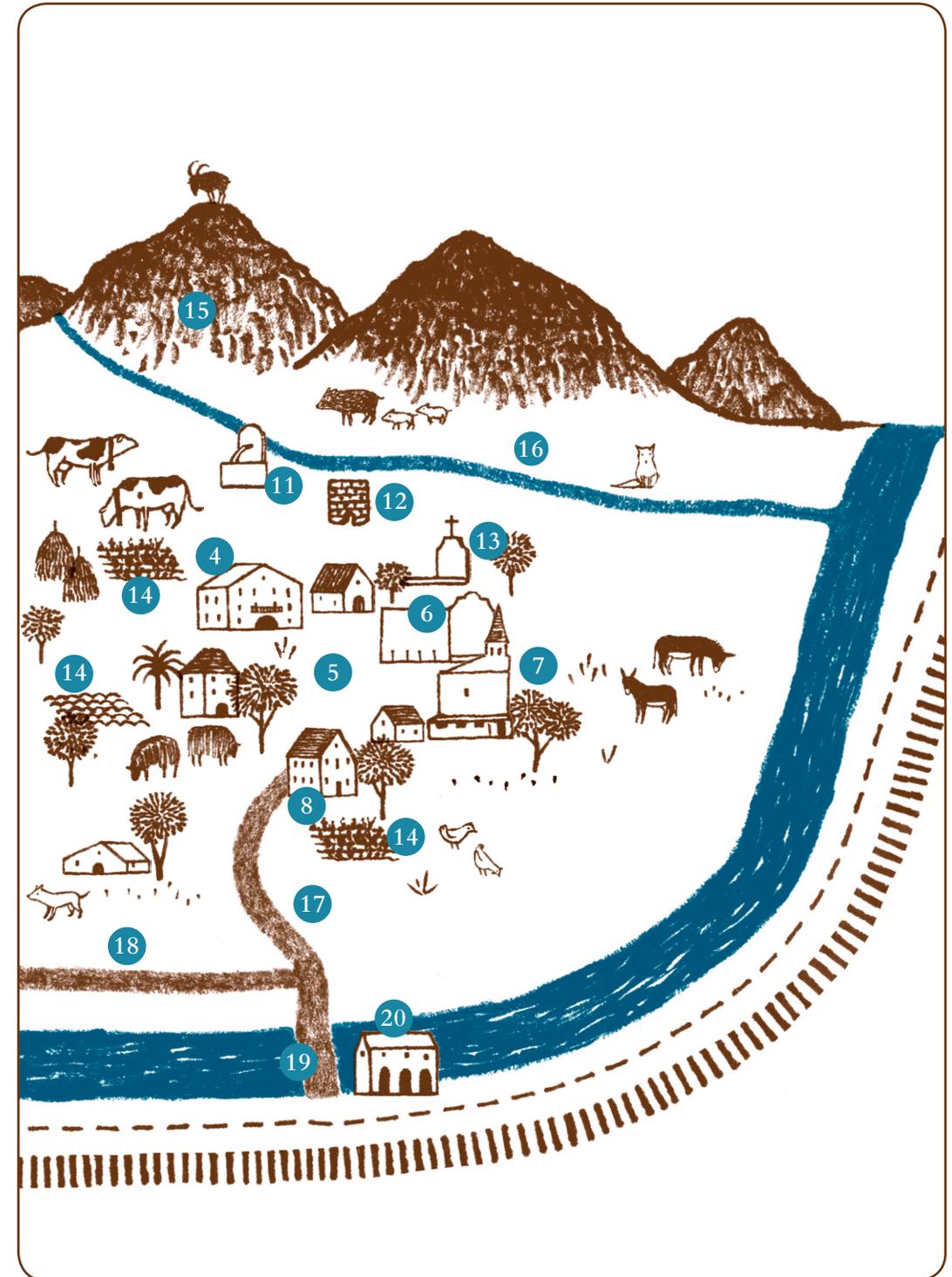
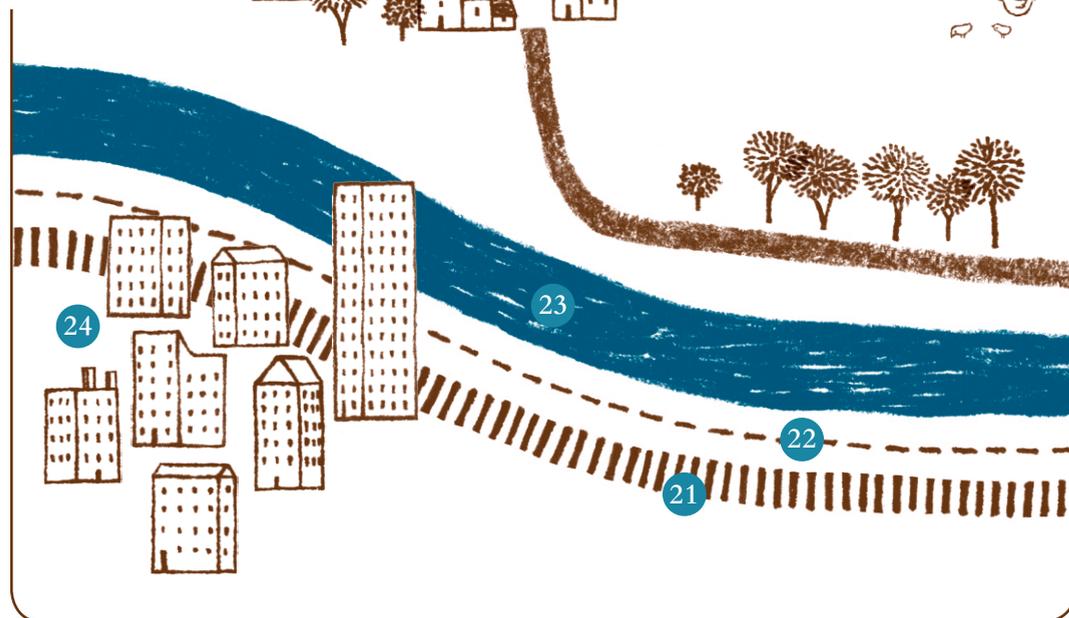
# Con el ojo del cogote

Elena Odriozola

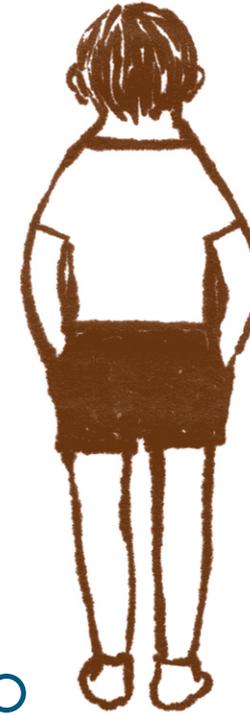


**EDICIONES  
M<sup>•</sup>DERNAS  
EL EMBUD<sup>•</sup>**

- |                   |                         |
|-------------------|-------------------------|
| 1 Mi casa         | 15 Monte / Bosque       |
| 2 Bar tienda      | 16 Riachuelo            |
| 3 Escuela         | 17 Cuesta del pueblo    |
| 4 Ayunramiento    | 18 Camino               |
| 5 Plaza           | 19 Puente               |
| 6 Frontón         | 20 Central eléctrica    |
| 7 Iglesia         | 21 Vía férrea           |
| 8 Casa del cura   | 22 Carretera general N1 |
| 9 Casa del médico | 23 Río Oria             |
| 10 Zizúrkil       | 24 Villabona            |
| 11 Fuente         |                         |
| 12 Calera         |                         |
| 13 Cementerio     |                         |
| 14 Huertas        |                         |



## Viudo con cinco años



De niño, tenía la costumbre de mirar para atrás. «Te va a salir un ojo en el cogote», me amenazaban, sobre todo el cura, cuando yo miraba para atrás en la iglesia para ver a mis amigos. O para ver a mi madre, que se arrodillaba en su reclinatorio con las manos juntas, rezando con gran devoción, con los ojos cerrados, guapa como una Virgen. Yo la miraba.

Los reclinatorios de las mujeres eran individuales, mucho más bonitos que los tabloneros en los que se

arrodillaban los hombres. Por eso miraba yo para atrás. Por eso y por ver también a Mirenchu, que era mi novia desde que tenía yo tres años. Ella no lo sabía, pero yo sí.

De mirar tanto para atrás, me salió un ojo en el cogote, creo. Ya no me hacía falta volver la cabeza para adivinar lo que ocurría a mis espaldas. Además, el ojo del cogote me servía para recordar el pasado. Todavía lo uso para eso, para recordar las cosas que pasaron.

Con mi ojo del cogote podía correr marcha atrás en mi triciclo rojo, de madera y hierro, a toda pastilla, sin chocarme. Era la admiración de los niños del pueblo. Mirenchu se me sentaba en el manillar. Pesaba como un pájaro. Y yo daba pedales marcha atrás, y ella se reía. Y yo era feliz cuando ella se reía.

—¡Que nos la damos! —solía gritar.

Pero no se bajaba. Se fiaba de mí.

En mi pueblo hay una cuesta empinada que baja al río Oria. Cuando me sentí suficientemente entrenado, lancé mi triciclo marcha atrás, cuesta abajo. Tomaba bien las curvas, pero no calculé que a mucha velocidad es más difícil trazar-

las. Total, que choqué de espaldas contra un muro de piedra, que ahora ya no está. Igual lo derribé del cogotazo. No me acuerdo.

El hecho es que desperté tumbado sobre el pretil de piedra del atrio de la iglesia. El cura don Andrés me miraba con la respiración agitada. Al ver que me erguía y quería volver a montar en mi triciclo, suspiró.

—Menos mal. No ha sido nada.

Di un par de vueltas por el atrio y me alejé. El cura, viendo el chichón que me había brotado en el cogote, me gritó por detrás:

—Ya te lo decía yo. Al final, te ha salido un ojo en el cogote.



A Mirenchu no le salió ningún ojo en el cogote, pero un día, en la escuela, el cuello se le quedó rígido; no lo podía mover. Vimos a la maestra salir corriendo, arrastrando los pies como podía, porque ya era mayor; se dirigió a la tienda-bar de mis abuelos, donde se hallaba la centralita de teléfonos. La maestra debió de llamar por teléfono, y al cabo de un rato, subió un taxi al pueblo a toda velocidad, tocando

el claxon; era un Citroën negro, igual que el del panadero. La maestra se montó con Mirenchu en el taxi, que arrancó a toda pastilla, y sacó un pañuelo blanco por la ventana, para hacer señales.

Aquel día nos juntamos los niños y las niñas en nuestra clase, apretaditos, al cuidado del maestro; los párvulos delante, los mayores detrás. No tuvo que levantar la voz a nadie. Yo me mantuve en silencio, como todos, con los ojos fijos en la cartilla de parvulitos, sin leer nada, solo pensando en Mirenchu. El maestro envió monte arriba a dos chicos mayores con un recado para los padres de Mirenchu; vivían en un caserío de las montañas, al que se tardaba una hora en llegar a pie.

A Mirenchu la solía traer su madre a la escuela, a caballo, sin silla ni nada, a pelo. Su madre era una mujer muy ágil, que bajaba de un salto del caballo y se montaba de otro salto, agarrándose de las crines. Al hacerlo se le veían bajo la falda unos calzones blancos, hasta medio muslo. No nos reíamos al vérselos, como lo hacíamos cuando veíamos las bragas a las niñas o los calzoncillos a los niños. Sus saltos ágiles nos infundían respeto. Era una brava amazona; no parecía tener miedo

de nadie. Decían que un día se enfrentó a un hombre que la atacó en el monte; lo tumbó de una patada en la entrepierna.

Aquel día, mucho antes de que regresaran los dos chicos mayores, la vimos pasar de lejos, a galope, por la pista forestal que bajaba hacia el consultorio médico de Zizúrkil. Al cabo de un rato, pasó el padre, montado en una mula, porque solo contaban con un caballo. Y una mula y un burro.

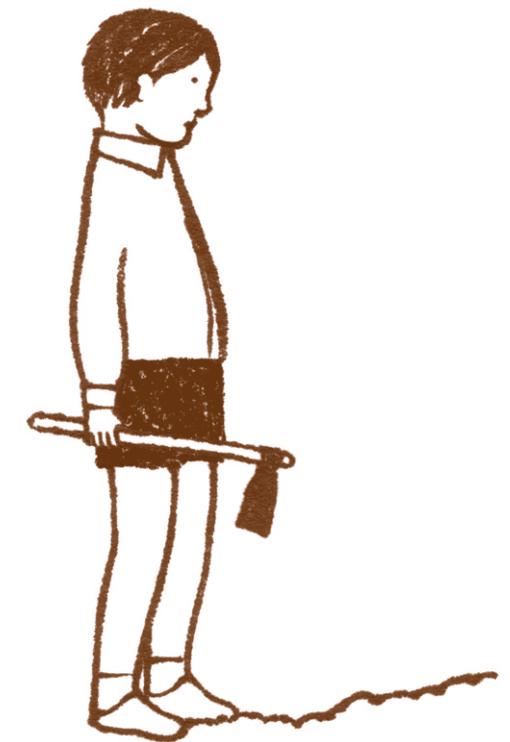
Mirenchu no regresó. La maestra sí, con los ojos llorosos, cabizbaja.

Al día siguiente se celebró el funeral por Mirenchu. Yacía en una cajita de color blanco. Levantaron la tapa, y la pudimos contemplar. Los niños llorábamos; las niñas, más. Nadie la tocó. Solo yo. Le di un beso en la boquita fría, porque era su novio. Tenía las manos juntas sobre un ramillete de flores, como en oración. Después del beso, de mis labios se elevó un canto, con mucho sentimiento, con la voz muy arriba, para acompañarla al cielo: *Con flores a María*. La gente lloró aún más.

La enterraron en el cementerio, en un agujero pequeñito. Los niños agarramos un terrón cada uno, lo

besamos y lo dejamos caer sobre la cajita. Luego, el enterrador la cubrió con unas pocas paladas y alisó la superficie. Depositamos ramos de flores y coronas sobre la pequeña tumba. Yo hubiera querido dejar mi triciclo encima, para que Mirenchu jugara en el cielo, pero mi padre me lo prohibió. Me enemisté con él; nunca se lo perdóné del todo. Volví a ser su amigo, pero con un agujerito en el corazón.

Mi madre se dio cuenta de mi disgusto y confeccionó un vestidito blanco. Al día siguiente, Román el sacristán nos abrió la puerta del



cementerio, me dejó escarbar un poco con mi azadita de la huerta, extendimos el vestidito blanco con puntillas doradas y lo cubrí con tierra. Así Mirenchu estaría guapísima. Volvimos a poner encima los ramos de flores y coronas, y salimos del cementerio tras dar las gracias al sacristán, un hombre alto, con una larga nariz puntiaguda; en la coronilla tenía un circulito sin pelo, como los diáconos que están en puertas de ser curas; mi vecino Daniel aseguraba que se lo afeitaba, que era demasiado perfecto; Óscar, otro vecino, decía que era natural, un don que había recibido, una señal, y que por eso era sacristán. No se ponían de acuerdo. Y tampoco se atrevían a preguntárselo a Román, porque era muy reservado, de pocas palabras y muy serio.

Así fue como me quedé viudo con cinco años. Y con un ojo en el cogote. Por eso puedo mirar para atrás en el tiempo y ver con claridad lo que pasó. Creo yo.



## El coro

Aunque los niños de párvulos no cantábamos en el coro parroquial, el cura don Andrés, tras oír mi canto angelical en el entierro de Mirenchu, me invitó a formar parte del coro como tiple solista. Una vez por semana, el cura daba clase de solfeo en la iglesia, acompañándose con el armonio. Yo asistía junto con los chicos grandes y hombres maduros, y aprendí a leer partituras. Participé por primera vez en el concierto de Navidad. Cuando cantamos *Mesías* en vasco, hice el solo en una octava más alta de lo normal, y mi voz atravesó el techo y llegó hasta Mirenchu. Con el ojo del cogote vi que a Remigio el organista le resbalaba una lágrima

por la mejilla. Luego hice otro dúo con el bajo Sorondo, él por las honduras, yo por las nubes.



Se enteraron en Radio Popular de que había un niño cantor en el pueblo, un niño de parvulitos, y llamaron por teléfono a la centralita de mi abuela, invitándome a ir a la radio a cantar. Coincidió que estábamos mi padre y yo en la tienda-bar de los abuelos, porque íbamos a menudo; era nuestra segunda casa; pero yo no aguantaba mucho allí, ya que siempre andaban atareados; prefería salir a jugar con otros niños.

—Lo que faltaba —dijo mi padre, malhumorado.

No le gustaba llamar la atención. Me dijo la abuela que, desde que volvió de la guerra, hablaba poco; solo trabajaba y cuidaba de la familia. Así que no le hizo ninguna gracia la invitación.

Pero a mi madre sí. Mi padre no discutía con ella. Cuando no estaban de acuerdo en algo, se giraba y se marchaba a hacer sus tareas. Así hizo cuando mi madre le dijo:

—Al niño le hace ilusión. Y a mí también.

Mi padre se fue a echar de comer a las gallinas y luego a poner grasa al camión con el que trabajaba, por unos agujeritos que tenía debajo; lo hacía tumbado boca arriba sobre un saco debajo del camión; únicamente dejaba asomar los pies calzados con unas botas de dura lona que solo se quitaba para irse a la cama. Creo que le daba vergüenza enseñar los pies; en lugar de uñas, tenía una especie de palitos gordos rodeados de carne, tan duros, que tenía que serrárselos con una sierra de metal. Me daba mucha dentera cuando lo hacía. Seguramente se le quedaron las uñas así en la guerra, pero nunca se lo pregunté.

Don Andrés y Remigio me enseñaron unas cuantas canciones folklóricas, porque yo solo me sabía canciones de iglesia. Ensayaba dos días por semana. Cuando consideraron que ya estaba preparado, llamaron a Radio Popular y acordaron una cita.

Pero me puse malo la víspera de mi actuación. Tenía mucha fiebre. Y de repente, se me paralizó una pierna. Vi salir corriendo a mi padre, bajando las escaleras de dos en dos o de tres en tres con sus botas de siete leguas. Oí cómo arrancaba el camión y aceleraba de golpe, cosa que nunca

hacía, porque trataba muy bien a su burrito de metal, como lo llamaba.

Mi madre me aplicó paños de agua fría en la frente, y aparecieron mi tía Rosario y mi tía Micaela, sofocadas, susurrando «ay, amá; ay, amá». Yo no entendía lo que pasaba. No era la primera vez que tenía fiebre. Luego me acordé de Mirenchu. Y pensé que igual me iba a reunir con ella. Por eso tenía mi madre aquella cara de Virgen Dolorosa, y mis tías no lograban calmar su agitada respiración.

Volví a oír el motor del camión, y un frenazo. Por la brusquedad, no parecía que lo condujera mi padre. Enseguida, sentí zancadas subiendo las escaleras de madera. Cuatro pies, dos con botas, dos con zapatos. Apareció por la puerta el médico, don José, con sus lentes redondas y su nariz puntiaguda, que parecía olisquearte a ver qué tenías. Se acercó y me tocó la frente. No hizo ningún gesto de alarma, pero noté como un relámpago en sus ojos. Echó a un lado la sábana y la manta que me cubría y comenzó a frotarme la pierna.

—Alcohol —ordenó.

Mi madre sacó alcohol del maletín del médico y se lo dio. Don José

me frotó la pierna, una y otra vez, sin parar. Se desabrochó un par de botones de la camisa. Se secó el sudor de la frente. Y siguió masajeadando la pierna. Sus pupilas estaban cada vez más encogidas, como si fueran a desaparecer.

De pronto, se me movió el dedo gordo del pie. Las pupilas de don José se hicieron más grandes tras las gafas. Suspiró aliviado.

—No es grave.

Mis padres y mis tías suspiraron también. Don José me tocó la garganta. Tenía unas anginas enormes. Me dolían.

—Es por las anginas —sentenció—. Si le llegan a afectar al corazón, adiós. Mañana mismo, al hospital.

Me puso una inyección. Al día siguiente, no tenía fiebre. Estaba mejor.

—Estoy bien. No tengo por qué ir al hospital —dije.

Pero me llevaron en el camión. En el hospital, yo me hice el valiente. Me metieron en una sala, me sentaron en una silla y me ataron las muñecas y los tobillos. Traté de soltarme. Apagaron las luces y apareció una especie de fantasma con una bata blanca y con una chapa

redonda en la frente con una bombillita encendida.

—Abre la boca.

“Pa tu tía”. No obedecí al fantasma. Una amable enfermera me agarró la cabeza, para que no la moviera. Yo apreté las mandíbulas. El fantasma trató de forzarme a abrirlas, pero no pudo. Igual pasaron diez minutos, y yo no cedía.

—Que no tengo todo el día —dijo el fantasma, de mala gaita.

Mi madre estaba sentada con la espalda apoyada en la pared de enfrente. Mi padre se había quedado fuera. Vi cómo mi madre se levantaba en la penumbra y tomaba el lugar de la enfermera; me acarició la cabeza y me susurró que abriera la boca por favor. Aflojé la mandíbula, y el fantasma aprovechó para introducirme un hierro en la boca, que me impedía cerrarla. Metió el bisturí y en un abrir y cerrar de ojos cortó dos bolitas de carne; parecían dos pequeñas albóndigas. El bruto de él me las mostró en una bandejita.

—Mira lo que te hemos quitado.

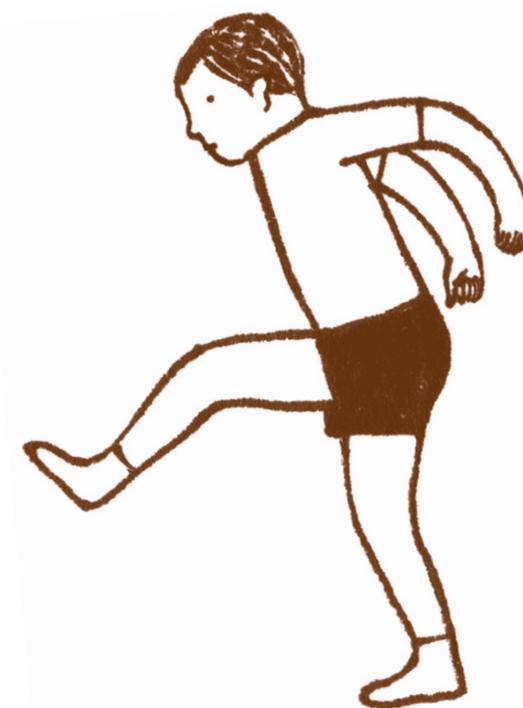
Pasó la bandejita a la enfermera, que encendió la luz, y el médico se quitó la linternita de búho que llevaba en la frente. Sonrió malévolamente.

Eso me pareció. Cuando la enfermera me soltó las correas, me lancé contra el médico y la emprendí a patadas con sus tobillos. Me sujetó mi madre. La obedecí de nuevo.

—Sin tonterías —dijo el médico—. Se puede desangrar. Póngale frío en la garganta.

Permanecí mudo varios días. Cuando pude hablar, mi voz de triple había desaparecido. Y mis ganas de cantar también. No sé lo que cortó aquel bestia. No solo las anginas, eso seguro.

Volvieron a llamar de Radio Popular. En vano.



# ÍNDICE



Viudo con cinco años	7
El coro	10
Cosiendo y tricotando	14
Los cuentos	18
Pitas	23
La fresquera	27
A la pelota	32
Los ahogados	37
Los cataplines	42
El camión	47
Viaje a Irún	52
La otra abuela	57



Una pedrada en la corva	61
Día de los Inocentes	65
Abusando	70
La camiseta	74
Adiós, viejita, adiós	80
Hospital San Juan de Dios	85
La higuera	90
El accidente	95
El bueno de Ignacio	100
Al seminario	104
Panal de miel	110
Recuerdos a flor de piel	112



9 788412 620627